

EL FIN DE LOS TIEMPOS¹

Ricardo León García

Parece que por fin el mundo se da cuenta de la gravedad de los conflictos en el Medio Oriente. La imagen de Aylan, el niño sirio ahogado en aguas turcas, provocó tal indignación, que movió al mundo a exigir a los gobiernos acciones efectivas para salvar a quienes buscan refugio fuera de su país. Su lugar de origen, su casa primigenia ya no representa la seguridad a la que toda persona tiene derecho y ahora buscan dónde seguir sus existencias.

Ghana, Grecia, Guatemala, Haití, Honduras, Irán, Iraq, Jordania, Kazajistán, Laos, Líbano, Libia, Malí, México, Namibia, Nicaragua, Nigeria, Palestina, Paquistán, Perú, República Dominicana, Rumanía, Sierra Leona, Siria, Somalia, Sudán, Togo, Turquía, Ucrania, Venezuela, Yemen... y podríamos seguir hasta llenar la plana. ¿A dónde pretenden llegar? A un lugar que los acoja, donde se sientan protegidos, donde puedan estar en paz, comer, trabajar, estudiar. Vivir. Vivir. Vivir.



A nadie debe sorprender que toda esta gente busque arribar a las regiones y a los países llamados del primer mundo, donde la necesidad es poca y la pobreza mínima o, al menos, no tan escandalosa como en el resto del planeta. Pocos de los que abandonan su hogar podrían pensar en establecerse en alguna de las naciones de la lista anterior, aunque en términos comparativos, podrían llegar a la conclusión de que peor es quedarse en el infierno del que huyen y un infierno menor ya es mejoría.

Las condiciones del primer mundo son exclusivas para los pobladores del mismo. Son posibles gracias a la existencia mísera de los habitantes de todas esas regiones donde no hay trabajo y, cuando lo hay, se debe realizar a cambio de un ingreso que más

Efectivamente, debemos exigir a los gobiernos que hagan su parte, no es posible que se queden cruzados de brazos cuando millones de personas tratan de escapar de los horrores de la violencia física y de la violencia económica, del hambre, de la sed, de los fundamentalistas de diverso signo, de los esclavistas y de los ejércitos al servicio de cualquier interés, de las mafias y de los estados represores, de los violadores y de la miseria, que es la condición natural ya en la mitad de los seres humanos de este siglo XXI. Quienes huyen, lo hacen desde Afganistán, Angola, Bangladesh, Brasil, Colombia, Congo, Corea, Costa de Marfil, Cuba, China, Ecuador, El Salvador, Etiopía,

parece burla con tal de eliminar la idea de la esclavitud. Las sociedades que no se preocupan por la existencia inmediata y pueden diseñar su futuro, lo son porque dependen de las condiciones miserables de los demás, del uso de los recursos que les arrebatan y que luego les regresan en forma de tecnología inútil, de baratijas y cachivaches, de comida chatarra y de alimentos transgénicos.

Con todo lo anterior como parte del panorama, nada habrá de cambiar de manera efectiva pues seguimos avalando la manera de vida que llevamos hasta hoy. ¿El origen de esta migración masiva no podrá ser atacado? ¿Dónde quedan las empresas que depredan el ambiente y la vida de millones de trabajadores? ¿Qué relación tiene este

¹ Publicado el 13 de septiembre de 2015 en su blog.

movimiento de gente con la sobreexplotación de los recursos naturales para beneficio de unos cuantos? ¿La sociedad de hiperconsumo a la que pertenecemos no es acaso promotora de estas miserables vidas que terminan en miserables muertes? Esos miserables en busca de refugio son la consecuencia de nuestro consumo, de nuestra idea de comodidad, de nuestra aceptación de vivir como lo hacemos sin medir los resultados. Ciertamente es que nosotros consumidores no participamos de los grandes beneficios económicos que obtienen las corporaciones e individuos que de manera rapaz explotan recursos y vidas en cualquier parte del planeta. Pero en la medida en que nosotros aceptamos lo que nos venden, necesitemoslo o no, legitimamos esas prácticas criminales, inmorales, antiéticas, canibalescas, destructoras...

Es muy cómodo exigir un trato humano a quienes huyen. A nadie se le puede negar. Sin embargo, no estamos dispuestos a renunciar a todas las comodidades que nos brindan esas compañías que destruyen el ambiente, modifican la estructura genética de los seres vivos y se ensañan explotando a los miserables que abarrotan el espacio terrestre. ¿Quiénes son los ganadores en el control de los territorios en disputa?

¿Sinceramente se trata de una confrontación entre civilizaciones? ¿Compite entre sí las diversas ideas de divinidad? ¿Creemos con firmeza que la lucha es entre la barbarie y la civilización? ¿Quiénes proporcionan las armas a unos y otros bandos? ¿Se las regalan? ¿Qué ganan los promotores de estos enfrentamientos? ¿Detrás de qué se esconden?

Es larguísima, casi interminable la cadena de intereses vinculados a la violencia contra toda esta gente que ahora no tiene otra alternativa más que huir. Se van de sus poblaciones devastadas, sin comida ni agua. Lo único que cargan es con sus vidas, vidas destrozadas por el miedo y la incertidumbre. Vagan con la esperanza de al menos salvar a sus hijos, de alcanzar un refugio inmediato para saciar la sed, comer algo y continuar el camino. La red de tráfico de refugiados es enorme. Pululan por el mundo los mercaderes que explotan a quienes huyen. A cambio de dinero les ayudan y muchas veces la ayuda nunca llega, en lugar de encontrar apoyo, encuentran robo, violación, muerte. Las

mafias se coluden con los estados, con los encargados del orden y la seguridad. Las fronteras se cierran ante el arribo masivo de seres hambrientos, harapientos y sedientos. Los refugios se han saturado. Las economías no pueden sostener a tanta gente que irrumpe para consumir bienes sin la posibilidad de pagarlos. Si los alimentan, se quedan pero no encontrarán un empleo, a menos que comiencen a laborar en condiciones de esclavitud, como ha sido en los lugares de donde provienen.



Seguiremos vertiendo lágrimas, nos daremos golpes de pecho, pero exigiremos tener a la mano lo que provoca la miseria de miles de millones de personas en el mundo y el agotamiento de los recursos del planeta. Las lágrimas seguirán intentando lavar las conciencias de quienes aceptamos lo que somos, como somos y queremos seguir siendo. Mientras, el agua se agota. Los alimentos son cada día menos y más caros. El acaparamiento de recursos está a la orden del día. La violencia contra los que no tienen sigue escalando. Las empresas siguen adquiriendo territorios para seguir explotando hasta que esto termine por reventar y ya nadie sufrirá. Habrá sido el fin de todos y de todo. No más llanto, no más enfrentamientos, no más muertos pues la vida ya no será. Nadie se preocupará. Nada importará, como ya nada importa. ☒

Ricardo León García. Antropólogo mexicano, graduado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es docente-investigador de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez desde 1988. Colabora en diversos medios periodísticos de la localidad y es autor del libro *Teoría del juarense*, publicado en España en el año 2007. Es subdirector de la revista *Paso del Río Grande del Norte*.